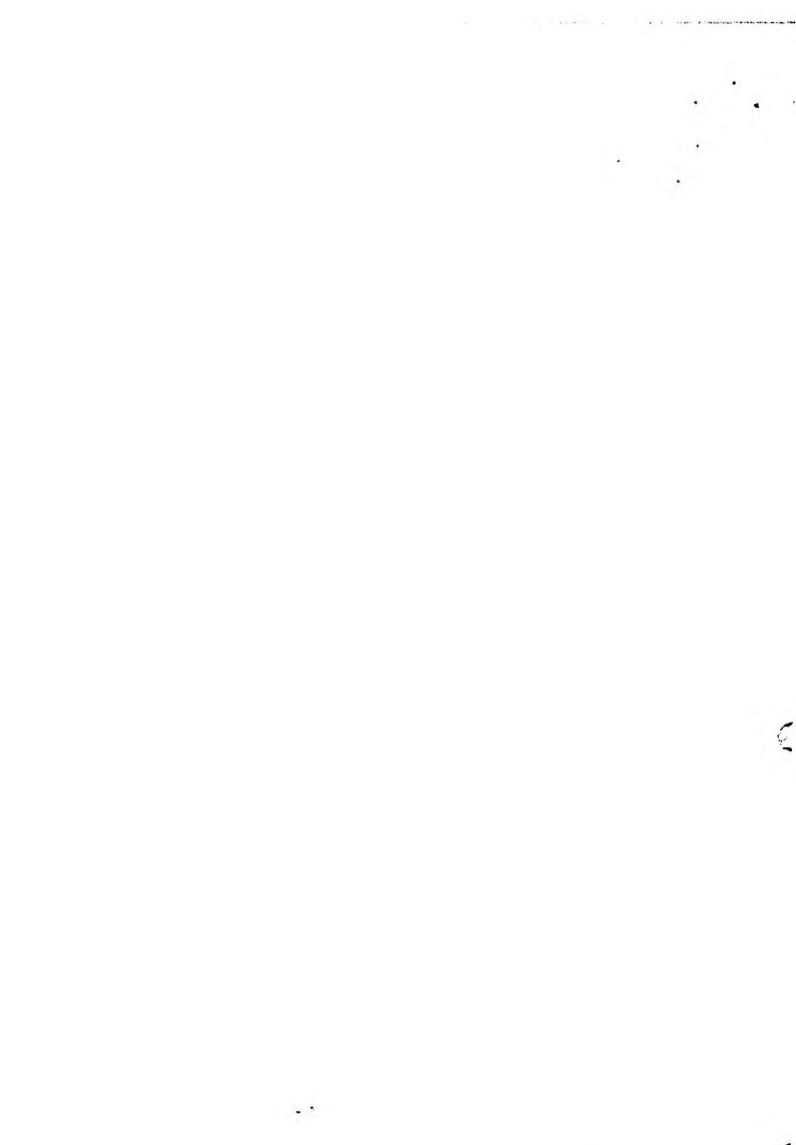


PRIMAVERA
POPULAR en
NICARAGUA
por Rodney Arismendi



PRIMAVERA POPULAR EN NICARAGUA*

*On ne peut pas vivre sans pain
On ne peut pas non plus vivre sans sa
patrie*

VICTOR HUGO. *Les Châtiments*.

*Después Sandino atravesó la selva
y despenó su pólvora sagrada
contra marineras bandoleras
en Nueva York crecidas y pagadas
ardió la tierra, resonó el follaje
el yanqui no esperó lo que pasaba
se vestía muy bien para la guerra
brillaban sus zapatos y sus armas,
pero por experiencia supo pronto
quiénes eran Sandino y Nicaragua.*

PABLO NERUDA. *Canto General*

I

LA GRAN ALEGRÍA DE LA VICTORIA

Primavera popular llamaron pensadores ilustres a la llamada revolución que se enciende en 1789—1793. El triunfo sandinista en Nicaragua en 1979, es eso, ante todo, un renacer de flores y frutos para este pueblo y para América Latina y el Caribe. No es pecar de irreflexivo optimismo el atribuirle influjo y resonancia continentales. Podemos conservar prieto y ceñido nuestro *pesimismo de la inteligencia* y al mismo tiempo sentir que un sol de amanecer comienza a levantarse en nuestra América.

Mucho más si volvemos la vista hacia un pretérito muy reciente del mundo. Nicaragua se inserta en un friso de resonantes triunfos contra fascismo y tiranías imperantes por largos y ensangrentados plazos. Hace bien poco, Irán concentró la atención mundial. Manifestaciones multitudinarias, continuadas y crecientes, desafiaron la más cruel represión. El odio popular en su cima agrupó masas inmensas enfervorizadas por el Islam, junto a jóvenes *seddayines* de inspiración marxista, a estudiantes e intelectuales laicos y a militantes del Partido Tudeh (comunista). Pese al poderío del ejército y la policía secreta del sha, las demostraciones se combinaron con la huelga de los aguerridos trabajadores del petróleo, luego con sucesivas huelgas generales, hasta transformarse en insurrección armada. En el transcurso de las acciones, la energía

* *Estudios*, No. 73, pp. 2-23. Agosto de 1979.



860253

moral del pueblo descomponen las fuerzas armadas, pasándose una parte de estas a la revolución. Así fue abatida esta vieja monarquía terrorista, pese a sus petrodólares, a sus cientos de miles de soldados, pertrechados con armas ultramodernas por el Pentágono, y pese a ser el centro de toda la superestructura beligeras del imperialismo yanqui en tan estratégica región de Asia. No obstante las dificultades y peligros del actual proceso, la Revolución Iraní fue tremendo golpe para el imperialismo y para todo el armazón de fuerzas regresivas, desde Israel hasta el Indico, comprendido el vasto emporio petrolero.

Pocos años antes habían rodado en Europa los fascismos de Grecia y Portugal. Y tras ellos, el de España. La crisis nacional, precipitada por la aventura golpista en Chipre, abate en Grecia la dictadura de los "coroneles negros". La ascendente insurgencia de las coloniales, sumada a la resistencia democrática en la metrópoli, provoca en Portugal la Revolución de Abril, el levantamiento de los militares avanzados a los que se suma la eclosión popular. Pueblo y fuerzas armadas desfilan codo a codo por Lisboa. Claveles rojos enhebran su brasa en el caño de los fusiles. La caída del fascismo en España fue diferente. Una larga lucha desde la derrota de la República, política, por periodos armada, siempre clandestina, con vistas a las masas, pero también a la unidad de todos los adversarios de franquismo, creó premisas de una nueva realidad. Confluían cambios en la base material del régimen, el desarrollo de las tendencias mundiales y la lucha interior. Asistíamos así a la prolongada descomposición del fascismo en España. La muerte de Franco impulsó explosiones populares y cambios cualitativos en el proceso. Pese a la complejidad de la situación, renació la democracia española.

Permítaseme detenerme un poco más en el caso español, aunque más no sea por la sangre vertida por comunistas uruguayos en los campos de España y por la ardorosa solidaridad de nuestro pueblo. Entre los delegados y gobernantes llegados a velar a Franco estuvieron dos neófitos del poder fascista, los generales Pinochet, chileno, y Vadora, uruguayo. No comprendían que su ventilada admiración llegaba a destiempo, y era por lo menos de mal agüero para los propios regímenes. En verdad velaban al más clásico reducto fascista superviviente.

Volaba al infierno no solo el decrepito carnicero —condenado hace mucho a esos horrores en el poema de Neruda—, sino que en la misma dirección marchaba lo esencial del sistema.

Salvado por gobernantes ingleses y estadounidenses cuando el derumbe de sus padrinos Mussolini e Hitler, el franquismo sobrevivió a los temporales de posguerra y pareció inamovible por largos años. Su caída fue estupor y luto para las flamantes tiranías militar-fascistas de Chile y Uruguay, y celebración optimista para nuestros pueblos.

Cuando murió Franco, quizá Anastasio Somoza pensara en la eterna

sobrevivencia de su dinastía, ya que superaba la longevidad del franquismo y depredaba a un paso de su protector, EE.UU. Sin embargo, también rodó la tiranía en Nicaragua. Fue derribada por la insurrección popular, por la guerra de todo un pueblo, desarrollada en torno al eje de la fuerza política sandinista y su guerrilla. Culminaron años de admirables combates, de ofrendas populares de sangre e ilimitado heroísmo.

La victoria corona de laurel no solo al principal protagonista, sino que es triunfo y estímulo para todos los pueblos de América Latina y el Caribe; es jalón de un tiempo mundial de creación heroica y gigantescas transformaciones revolucionarias. Y nos alecciona en muchos aspectos que debemos meditar cuidadosamente.

Antes de emprender tentativamente cualquier reflexión, conviene repetir este anticipo, el más evidente: después de Irán, Nicaragua hace pensar que el triunfo sobre las dictaduras fascistas y las tiranías más sangrientas, aparentemente sólidas e inmovibles, depende cada vez más, en nuestra época, de la decisión de combatirlas por todos los medios, y que el arma primordial de la victoria es la unidad y convergencia de todos sus adversarios, unidad capaz de desplegar en amplitud y profundidad las incommensurables energías del gigante popular.

Si situamos esta cima de la rebelión popular que es Nicaragua en el marco histórico de la caída de los gobiernos fascistas en Europa, de la liberación de Angola, Mozambique y otros países en África, de las revoluciones etíope y afgana, y todo ello después de la colosal epopeya vietnamita y de más de veinte años de victoria cubana, no es difícil concluir que nuestro tiempo no es propicio al fascismo ni a las tiranías regresivas, como no lo es al colonialismo ni demás formas de opresión nacional. Sobre el fondo de nuestra época de revolución socialista y de mutaciones democráticas, pese a la rudeza de los antagonismos, el proceso histórico se sigue acelerando. No existe una garantía de automáticos avances o de fáciles perspectivas. La liberación reclama muchas veces un alto precio de sangre y mártires; es y debe ser nuestra obra, pero el viento de la historia sopla en nuestras velas.

Por último, es evidente que ahora ningún pueblo brega aislado por su emancipación. La solidaridad internacional democrática, enlazada estrechamente al internacionalismo proletario, constituye enorme fuerza política real, que se ensancha cada vez más en el plano de la lucha democrática general, especialmente contra el fascismo y las agresiones e intervenciones imperialistas.

Así lo sienten también, entre furiosos y despavoridos, los fascistas del Sur. Se ofrecieron gozosos para la intervención en Nicaragua junto a EE.UU., y luego en la OEA debieron meter la cola de la abstención entre las piernas. La condena a sus regímenes está escrita en el cielo como en la leyenda bíblica. En lo inmediato, hasta por miedo, recurrirán la tortura y la represión. Pero igual están condenados.



Hora de tormenta e impulso en América Latina

Los primeros románticos alemanes calificaban su movimiento de tormenta e impulso (*Sturm und Drang*). Se referían principalmente a su dinámica espiritual, aunque era materialmente un tiempo de conmoción revolucionaria en Europa. Nicaragua es impulso que estimula las tendencias democráticas e independentistas que vienen proyectándose a lo largo de América Latina y el Caribe. Y es un ejemplo de tempestad revolucionaria que se vio rodeada —signo de un nuevo momento continental— por la *solidaridad de pueblos y gobiernos* en el más amplio espectro hasta hoy conocido. Enseña de las poderosas y amplias fuerzas, movilizadas o potenciales, que ahora existen para aislar y derrotar a las dictaduras fascistas de Chile y Uruguay y otras horrendas tiranías.

Kissinger —protagonista del plan de contraofensiva imperialista que cambió abrupta y negativamente la correlación de fuerzas en América Latina— declaró, poco antes de la caída de Somoza, que la instalación de un “gobierno radical de izquierda” retrotraería el continente a comienzos de los años 70. La declaración tenía ostensible finalidad provocativa: quería justificar la intervención. Por lo demás, tales años difícilmente se repetirán con las mismas formas. Empero, si bien es verdad que la Revolución Nicaragüense testimonia la crisis profunda de las sociedades latinoamericanas, peculiar en cada país o región según los grados del deforme desarrollo capitalista y las formas de opresión yanqui —y según la especificidad de historia y coyuntura política—, trasunta un fondo volcánico sobre el que inciden la crisis estructural económica y social de estos países, la crisis de la dominación del imperialismo de EE.UU. Es muestra asimismo de la resistencia y la lucha democrática y antimperialista cada vez más honda, que desde la Revolución Cubana se tornó corriente sin retorno. Muestra también la naturaleza, crítica, sobresaltada, con avances luminosos y retrocesos brutales, del camino sangriento y difícil de la gesta liberadora de nuestros pueblos.

Pero, a la vez, exhibe el carácter precario y la fragilidad política de las dictaduras fascistas del “cono sur”; aisladas políticamente, cuestionadas por sus pueblos y denunciadas en el ámbito internacional.

El derrumbe de Somoza enseña que vivimos horas de nuevo amanecer, de ascenso —país a país— de las tendencias democráticas e independentistas.

La contraofensiva del fascismo y la reacción, organizada y dirigida por el Departamento de Estado, la CIA y el Pentágono, fue tremendo golpe, muy dura derrota para nuestros pueblos. Lo fue por el viraje modificador de la geografía política de América del Sur y por la amenaza que el fascismo entrañaba para los gobiernos y las fuerzas democráticas del continente. Fue un ajuste de cuentas sangriento contra la clase olera y los pueblos, en particular contra el comunismo,

DEF. I
PROCESADO
17E1

la izquierda en general y todos los sectores avanzados, se volvió punta de lanza de presión y conspiración contra las regimenes de Venezuela, México, Costa Rica y otros, y contra la reivindicación patriótica de Panamá; fue despliegue de fuerza en la frontera de Guyana y presión sobre Perú. ... intentona de agrupar las dictaduras del "cono sur" con los imperialistas, los racistas sudafricanos... Vilipendieron el SELA y el Pacto Andino. Proclamaron ser la vanguardia de la "tercera guerra mundial" anticomunista, apuntada contra la URSS, los países socialistas y todo el movimiento avanzado del llamado tercer mundo.

Fue y es enorme peligro que hasta su derrota definitiva no debe ser subestimado; ni siquiera ahora que su aislamiento ostensible anuncia el futuro derrumbe. Y cabe decirlo con franqueza. Esa subestimación existió y todavía persiste. Algunos pensaron que —quizá salvo Pinochet, régimen calificado de dictadura fascistoide— se vivían apenas los *ricorsi* del folclor político de tiranías sudamericanas. A veces esta subestimación es hija de otra: la subvaloración de la importancia internacional de América Latina; en otros casos es producto de ciertas miopías y esquematismo leñosos, de los que no están libres, por cierto, nuestras filas.

Por suerte, mejor dicho por madurez política, todos o casi todos los partidos comunistas de América y el Caribe tuvieron conciencia del peligro fascista extendido desde el sur y que venía a sumarse a otras tiranías a veces de corte o metodología fascistas. La gran solidaridad desenvuelta en el continente y el mundo con Chile, también con Uruguay y, más tarde, con Nicaragua evidenciaron cuánto avanzó la comprensión del tremendo riesgo. La gran amplitud de esa solidaridad —pueblos, parlamentos, gobiernos democráticos, personalidades, incluso la Fundación Hábeas surgida a iniciativa de Gabriel García Márquez— comprobó una vez más que, ante el peligro fascista y la conspiración del imperialismo yanqui y las tiranías, es posible la convergencia de fuerzas muy amplias —sociales y políticas, religiosas y laicas, civiles y militares— sobre una plataforma común democrática.

Una estrategia antifascista y antidictatorial inserta en la histórica lucha revolucionaria

Nuestra obstinación en definir de fascistas a las dictaduras de Chile y Uruguay, y a otras como de corte fascista o que usaban los métodos del fascismo, no obedece ni obedeció a un gusto purista por las definiciones, ni a la pretensión de querer catalogar el sexo de los ángeles. Correspondía a una realidad, a un enfoque rigurosamente científico, del cual se desprendía una natural consecuencia estratégica. Era un fenómeno nuevo, producto de los planes contrarrevolucionarios

y antidemocráticos del imperialismo yanqui, pero también de la modificación, en Chile, Uruguay, Brasil, etc., de la base material de las relaciones sociales y de la agudización de la lucha liberadora y de clases. Eran dictaduras terroristas del capital financiero, de la burguesía monopolista y ciertos sectores del latifundio, al servicio del imperialismo. Con conceptos y frases parecidas calificó Alvaro Cunhal la dictadura portuguesa derribada por la Revolución de Abril.

Argumentos negativos y oposiciones vergonzantes a esta definición han hecho hincapié en la ausencia, en el fenómeno latinoamericano, de partidos de masas al estilo hitleriano. En otros casos se han referido a los niveles de desarrollo capitalista y a la existencia o no de capital financiero, monopolista, en nuestros países, olvidando notorias realidades económicas y sociales. En otros, nos han fulminado con la pregunta de "¿cómo puede haber fascismo en países dependientes?".

Hemos preferido a veces hacerlos polemizar con Dimitrov y el VII Congreso de la Internacional Comunista, y no responder nosotros. **Para algunos las citas ilustres valen más que las razones.** Estos ya advertían que en algunos países —Hungria, Yugoslavia, etc.— el ejército y la policía cumplían por un tiempo el papel del partido fascista. En cuanto a los grados del desarrollo capitalista, por cierto que varios países centroeuropeos y balcánicos, definidos entonces como fascistas, o el mismo Portugal, no lo tenían más alto que Chile, Uruguay, Brasil...

En cuanto a la dependencia, Portugal —por ejemplo— definido por Lenin país dependiente a la vez que opresor de colonias, nadie dejó de reconocerle carácter fascista a su longeva dictadura.

No repetiré aquí todo lo argumentado por nuestro Partido, y otros de América Latina, al respecto. Solo haré dos puntualizaciones. Se han acuñado sobre el tema algunas frases de antología. Se ha dicho, por ejemplo, que se puede hablar de fascismo en América Latina en forma *propagandística, pero no científica*. ¡Pobre propaganda condenada a vivir en la imprecisión política o el absurdo, al margen de la ciencia!

Este juicio es digno de otro, pronunciado con énfasis, en el sentido de que "no hay ningún argumento científico serio sobre fascismo en América Latina", evitando, así, tener que ofrecer alguno —aunque más no sea risueño— para probar el aserto.

De la definición del carácter fascista se desprende una estrategia y una táctica de amplitud extrema, continental y nacional. Esa estrategia se ejemplifica y alcanza su praxis más alta en la convergencia de pueblos y gobiernos en torno a Nicaragua.

Están aisladas las dictaduras de Chile y Uruguay. En Bolivia, el pueblo unido y su combativo Partido Comunista han logrado gran éxito, el fascismo está en derrota. Las luchas obreras y populares y el

ensanchamiento de la oposición nacional están resquebrajando la estructura militar fascista de Brasil. En Ecuador se rescató la democracia. Fuerzas importantes obreras y populares se congregan en Perú. Panamá y Jamaica perfilan su posición patriótica y avanzada. Venezuela, México y Costa Rica consolidan o mejoran posiciones democráticas. Colombia —aun entre peligros— parece estar frustrando la conspiración reaccionaria de inspiración fascizante... Y hasta las más pequeñas islas del Caribe se conmueven o se revolucionan, como Granada.

La aguzada sensibilidad de cada uno de nuestros pueblos ante las luchas ocurridas en cualquier escenario del continente está registrando hoy, sin duda, las nuevas vibraciones, como otras veces ocurriera, especialmente cuando el triunfo cubano. Este es un factor altamente positivo de unidad y solidaridad, que no desdice de la variedad nacional o regional de cada proceso, del curso heterogéneo y desigual en ritmos y formas de cada revolución, y de la gama multicolorada de las coyunturas políticas.

¡Y cuánto se ha acrecentado el papel continental de Cuba! No hablamos esta vez de la significación histórica de su revolución con todas sus incidencias durante veinte años, sino de su gravitación inmediata en la política internacional latinoamericana. Como lo verifica incluso la transmutación de relaciones con la mayoría de estos países. El bloqueo, que EE.UU. no termina de disponerse a enterrar, es horadado por el restablecimiento casi diario de relaciones con otros países.

Conviene detenerse sobre esto en hora de estrecha amistad entre los ~~los~~ sandinistas y los dirigentes cubanos. Amistad por cierto forjada a partir de antiguos lazos de solidaridad. Cuba es el socialismo en el hemisferio. Es parte de la comunidad socialista y, al mismo tiempo, se ha ganado un prestigioso desempeño mundial, como lo atestiguan, entre otros ejemplos, la colaboración internacionalista en África o la autoidentidad de su militancia en los No Alineados. Es polo avanzado en América Latina, pero no se separa de las más amplias corrientes democráticas y de resistencia al imperialismo. Con ellas coincidió en la solidaridad con Nicaragua, como, en otro plano todavía más vasto, actúa como uno de los protagonistas en el SELA y otros organismos económicos y sociales¹. Es parte, sin duda, de ese frente tácito de que hablara Fidel, que algunas veces nosotros llamáramos *frente de pueblos y gobiernos*.

Por lo demás Cuba —que con la ayuda soviética y de otros países socialistas superó la feroz agresión y el bloqueo— es prueba fehaciente

¹ Hasta hace bien poco se hacía correr la insidia, en que algunos latinoamericanos picaban, de que Fidel Castro estaba de espaldas a América Latina obligado por la URSS a intervenir en África. Ahora, ciertas prominencias yanquis vociferan que Cuba renueva sus armamentos con fines bélicos en el Caribe. "Al ladrón", gritan los ladrones imperialistas. (N. del autor.)

de que el imperialismo ya no es invencible en la zona. Y esta comprobación es enorme en una hora de crisis de la política de dominación imperialista yanqui en América Latina y de ascenso de la resistencia y de la tendencia a resistir ese dominio.

En un lapso relativamente breve, todo el escenario político se ha puesto en movimiento. Se echa a andar un movimiento homogéneo y heterogéneo a la vez, multiforme y contradictorio desde el punto de vista social y político, pero susceptible de converger por la democracia y por formas de autodeterminación y progreso social. Convergen sobre bases muy amplias, desde la clase obrera hasta fuerzas nacionalreformistas de la burguesía, pero las coincidencias no pueden excluir la lucha de clases y obligan a la acción independiente de la clase obrera y sus partidos y al fortalecimiento cualitativo y cuantitativo de la izquierda. No se borran ni se borrarán jamás las diferencias de programa y objetivos políticos en cada país. Tampoco en el ámbito continental, donde se debe fortalecer la unión de los pueblos, el frente único o la unidad orgánica de la clase obrera, de los campesinos, de los intelectuales avanzados, los estudiantes y las capas medias, obligatorias fuerzas motrices de nuestra revolución.

Es la idea dialéctica implícita en concepto de la Declaración de La Habana de los Partidos Comunistas de América Latina y el Caribe¹. Y es el criterio aprobado por nuestro Partido después del golpe chileno, expresado en documentos de enero de 1974, y que fue base de nuestras intervenciones en esa Conferencia.

Con su habitual genio político, nuestro camarada Fidel Castro subrayó, el último 26 de julio, el contenido democrático e independentista de la Revolución Nicaragüense. "Se creó —dijo— una gran solidaridad internacional con una gran unidad de toda la izquierda centroamericana y latinoamericana. Alrededor de la lucha sandinista se creó de manera tácita lo que podríamos llamar un gran frente democrático-independentista-antimperialista en América Latina. (Subrayado mío. R.A.)

Fidel ilustró su afirmación con los resultados de la votación en la OEA, y se refirió especialmente a Panamá, Costa Rica, Venezuela y demás países del Pacto Andino, a México, Jamaica, Granada y otros.

Y agregó: "No hubo un solo partido, una sola organización de izquierda en América Latina que no expresara su disposición de luchar, no hubo una sola que dejara de solidarizarse con la lucha del pueblo

¹ "La unidad en la lucha democrática, más amplia en sus marcos que la unidad revolucionaria antimperialista, enlaza dialécticamente con ella. El camino de las transformaciones revolucionarias en América Latina supone una lucha conjugada, constante, en que el combate al fascismo, la defensa de la democracia y la lucha contra el imperialismo y las oligarquías y la participación efectiva del pueblo en la definición de la vida política se desarrollan como parte de un mismo proceso".



sandinista... *Mantener ese clima, mantener este espíritu es muy importante para todos los pueblos que aún sufren bajo el fascismo y las tiranías*".

Dos palabras sobre la socialdemocracia

A la victoria de la Revolución Nicaragüense han contribuido fuerzas vinculadas a la socialdemocracia europea. En América Latina, los partidos socialistas —como los de Chile y Uruguay— no pertenecen a la Internacional Socialista. Son principalmente partidos nacionalreformistas, algunos en el gobierno y otros ahora en la oposición, pero todos grandes partidos de masas, que poseen lazos orgánicos con la Internacional Socialista.

La intervención directa de la IS se acrecienta en América Latina y en todo el llamado tercer mundo. En particular, denuncia al fascismo y participa en campañas de solidaridad. Conviene por lo tanto que los comunistas digamos algunas palabras al respecto.

La amplitud de nuestra estrategia comprende alinear frente al fascismo, y a las tiranías, de hechura imperialista, a todos sus adversarios. Comprende, pues, la adopción en el continente de una política unitaria con la socialdemocracia internacional y con las fuerzas que se le relacionan de una u otra manera. Corresponde esto, por lo demás, con la línea de principios y la táctica aprobadas por la Conferencia de La Habana de 1975. Procuramos actuar con la socialdemocracia internacional en la brega común contra el fascismo, las dictaduras reaccionarias, contra las agresiones imperialistas y por un avance democrático social y político de nuestros pueblos. Desde luego, por la paz y un nuevo orden económico mundial. De todo esto no se puede hablar de manera simplista, o manipulando esquemas doctrinarios. La política es más compleja, concreta y movедiza y se construye a partir de las realidades de cada lugar, donde se encuentran dialécticamente las clases, las tendencias y los matices políticos en singulares correlaciones de fuerzas. La unidad y la convergencia es parte, sin embargo, de una grande y amplia estrategia actual.

Sin duda, en el plano doctrinario y en cuanto a los grandes objetivos revolucionarios, incluso en la fase democrática radical y antimperialista —potencial de un tránsito al socialismo—, no podemos ignorar que fuerzas protagonistas de la socialdemocracia internacional, igual que los partidos burgueses nacionalreformistas del continente se orientan a obstruir la revolución socialista o a sustituirla o desviarla por un proyecto reformista dentro del capitalismo. Desde luego, la socialdemocracia no es homogénea, tiene alas y personalidades más o menos radicales y otras vinculadas al poder en grandes países imperialistas. Sería

demasiado esquemático dicen que, en tales casos, repiten apenas o calcan el interés imperialista de sus Estados, pero este es un dato de obligatoria consideración. Es un problema dialéctico, cargado de contradicciones. Este doble aspecto de la conducta socialdemócrata se desequilibra todavía más, a menudo, por el anticomunismo visceral de algunos de sus líderes.

Todo esto indica que la unidad y convergencia felizmente armonizadas en torno a Nicaragua involucran, a la vez, toda la problemática de las confrontaciones ideológicas expresivas de la lucha de clases. Y acentúan la necesidad de vigorizar la función de la clase obrera —históricamente rectora— y de sus partidos, así como acumular fuerzas de todos los sectores democráticos avanzados y antimperialistas.



8602531

012

II

NICARAGUA COMO TAL, PERO TAMBIEN EN SU HISTORIA

...dentro de leyes generales de desarrollo de toda la historia no quedan en manera alguna excluidas, sino que por el contrario se presuponen ciertas etapas de desarrollo, tanto en lo que hace a la forma como al orden de sucesión.

LENIN. Nuestra revolución

Toda auténtica revolución popular, en su singularidad intransferible, y a pesar de su singularidad, obliga a inclinarse con atención y modestia sobre su problemática a fin de extraer de manera crítica algunas enseñanzas más generales. En este caso, se trata de advertir, aunque sea todavía en esbozo, lo que ella impone a la meditación de los demócratas y revolucionarios de América Latina.

Trascendencia histórica y estratégica del triunfo nicaragüense

Para América Central y el Caribe, por su importancia estratégica, equivale a la Revolución Iraní. Como esta, descomprime antiguas armaduras de explotación y agresión edificadas durante largo tiempo por el imperialismo de EE.UU. Es un Irán más pequeño, sin ilimitados yacimientos de petróleo, pero ubica en el proclamado "mare nostrum" del imperio, teatro eterno de sus alianzas intervencionistas, coloniales y neocoloniales. En cuanto a las proyecciones revolucionarias, Nicaragua ofrece el ejemplo de una revolución social y políticamente más avanzada, moderna y laica. La religión, que en Irán fue movilizadora de multitudes y que es hoy dificultad al ser manipulada por algunas fuerzas de derecha, integra en Nicaragua las vertientes democráticas de un pueblo y un Gobierno unificados en torno a la vértebra sandinista. Alternan así sacerdotes que son ministros, o que fueron, desde antes, insurgentes, con jóvenes demócratas revolucionarios, incluso con marxistas-leninistas, o, simplemente, con patriotas partidarios de reformas rebeldes contra la tiranía.

La amplitud y el unitarismo son en Nicaragua medida de madurez y no de debilidad política.

Desde el ángulo del impacto político —y hasta emocional— sobre

el continente, conviene agregar algunas cosas a lo ya dicho. Generaciones de latinoamericanos entramos a la vida política amando a Sandino —*general de hombres libres*— y personificando en Somoza un arquetipo de lo más sucio y criminal entre lo que E.E.U.U. implantó en nuestras tierras. Para los que nacimos y luchamos en Uruguay, antes país de instituciones y cultura democráticas, siempre fue grueso insulto parangonar a un político o a un régimen con el somozato y sus criaturas³. Más allá de que entreguistas hipócritas de la gran burguesía de Uruguay estuvieran dispuestos a compartir en la OEA con representantes de Somoza bacanales de fraseología panamericanista, y entrar juntos en trance para salvar la democracia contra el comunismo, el dictador nicaragüense era palabra procaz en nuestra política. Hasta el diario *El País*, de Montevideo —hoy abyecto ladrador del fascismo nativo—, en el pasado escribía invectivas contra el tirano, en las mismas páginas en que ahora demanda histérico la intervención yanqui.

Sin embargo, la dinastía de los Somoza pervivió por décadas. Pese a las tentativas sacrificadas de patriotas como Raudales o de tiranizadas como Rigoberto López Pérez. Esto fue así inclusive cuando hace ya casi veinte años se forma el FSLN, como fuerza política, y luego se emprende una nueva gesta guerrillera, que esta vez inauguró perspectivas cualitativamente nuevas.

Estigmatizado desde la cuna por el asesinato de Sandino —según orden directa del embajador yanqui Bliss Lane—, Somoza y su régimen sobrevivían por obra y gracia del imperialismo. Cumplían su misión⁴.

El somozato era el ombligo de la superestructura político-militar erigida por el imperialismo yanqui para dominar América Central y el Caribe. Tenía, además, la ventaja (como Stroessner y Duvalier, o antes Trujillo, o como Pinochet y ciertos generales uruguayos cuyos grados se ganan en las cámaras de tortura) de estar por encima del bien y del mal. Nada tenían que perder en el plano de los valores morales. Bastaba el fruncimiento de cejas del Departamento de Estado o del Pentágono, o la simple phonecada del diplomático yanqui de turno, para que los Somoza estuvieran para todo servicio en la ONU, en la OEA, o en la diplomacia de capa y puñal. Para que presionaran a países vecinos, para que amenazaran a otros de invasión. O para que repartieran algunos de sus malhabidos millones a fin de quebrantar flacas veleidades de autonomía, respecto al imperio, de militares guatemaltecos, salvadoreños y otros. Managua fue centro de conspiración cuando Foster Dulles ordenó invadir Guatemala y acabar con el go-

³ La medida moral de este monstruo la otorgaban sus mismos creadores: "Somoza es un hijo de puta, pero un hijo de puta bien nuestro", dijo cierta vez, amparándolo, un prominente estadounidense. (N. del autor.)

⁴ "Nunca dejé de acompañar en todo a E.E.U.U.", se quejaba Somoza ante los periodistas, ya encerrado en el bunker. (N. del autor.)

bierno avanzado de Jacobo Arbenz. Más tarde, fue campo de entrenamiento y base de partida de la tropa organizada por el Gobierno de EE.UU. y la CIA, que desembarcó en Playa Girón como avanzada de una operación más vasta de invasión de soldados y marines norteamericanos, trunca de modo ejemplar por la Revolución Cubana en setenta y dos horas.

Desde Nicaragua se agredió regularmente a Costa Rica. Y desde Managua, con auspicio imperial, se armó el frustrado golpe contra Torrijos, que incluía, al parecer, el asesinato del patriota panameño.

Base de EE.UU. en dos océanos, territorio potencialmente a las órdenes en caso de excavación de otro canal, paraíso de los *killers* adiestrados por la CIA contra la Revolución Cubana y usados incluso para el asesinato de Chamorro. . . Cruzados del anticomunismo, el antisovietismo y el anticubano, los Somoza eran por antonomasia enemigos mortales y conspiradores sin tregua contra todos los regímenes democráticos de la zona.

Todos los partidos y todas las fuerzas políticas, desde el nacional-reformismo a la izquierda, tenían cuentas políticas y hasta personales con el tirano y su familia. Tras Somoza se movieron siempre la los politicastros racistas de EE.UU. y el Comando Sur establecido en el Canal. Somoza llegó al extremo de poseer un *lobby* que subvencionaba alrededor de 140 diputados en el Congreso de EE.UU. Como ocurre con viejos lacayos de casas aristocráticas, Somoza "influye" en problemas de sus patrones. Era todo un emblema o blason—regado por huellas de muchos pájaros— de los rostros más *prominiosos* de la dominación imperialista norteamericana. Por ello sobrevivió a todos los presidentes y a sus "doctrinas", desde los de estatura histórica, como Roosevelt, hasta los pillastres como Nixon.

Para los fatalistas, que no creen en revoluciones, Somoza parecía un detalle ornamental obligatorio del paisaje centroamericano.

Tribulaciones de Carter

Carter hubiera deseado cambiarlo, por razones propagandísticas y "morales", a través de una operación superficial y con mucha anestesia. Pensaba —como respecto a otros dictadores del Sur— que esto era menester para salvar el bastión, cuando ya cunde la rebelión sandinista y el odio adquiere formas explosivas.

De ahí sus hesitaciones y maniobras. Siempre pensando en conservar como fiel de la balanza el esqueleto de la Guardia Nacional y siempre buscando desfibrar la revolución ya en auge. Soñaba con marginar y hasta dividir al Frente Sandinista, comenzando por escindir la oposición y también —¿por qué no?— ver si podía complicar o

86025

engatusar a gobiernos democráticos que prestaban activa solidaridad a los rebeldes.

Dispuesto a convencer a Somoza, antes que fuera tarde, de las ventajas del retiro a gozar de los millones de dólares saqueados, Carter modifica, empero, su actitud cuando la explosión popular se transforma en huelga general, y luego en insurrección armada, y el Frente Sandinista de Liberación Nacional pasa de heroica fuerza guerrillera a *guardia política real*, ya indiscutible para las grandes masas y para todos los revolucionarios. Bajo el auspicio de Carter y con papel protagónico de Brzezinski, se ensaya la farsa de una elección pro o contra Somoza —organizada por la OEA— con Somoza en el poder y la Guardia Nacional a sus anchas.

La insurrección nicaragüense —verdadera fiesta de pueblo—, cargada de elementos espontáneos, entonces había recibido duros golpes, absorbidos en plazos breves por la madurez de las fuerzas revolucionarias, en condiciones de profundidad y extensión de la lucha de masas, persistencia fortalecida de la fuerza armada del sandinismo y la ayuda solidaria de pueblos y gobiernos democráticos, que no cayeron en la celada. Todo esto derrotó los planes de Carter, aunque este logró por un período apoyarse en las partes blandas del cuerpo opositor. Por razones de clase, en algunos casos, y de oportunismo estúpido en otros. ¿Cuántas fórmulas manejaron entonces los negociadores de EE.UU.? Muchas. Pero todas tenían un denominador común: a) conglomerar ciertos sectores de la burguesía terrateniente y otros ex somocistas o semiopositores tolerados con fuerzas que se dejaron embaucar por la maniobra, para tener un mascarón de proa al que se pudiera pintarrapear de democrático y ofrecerlo como alternativa a la revolución popular; b) salvaguardar cuadros y estructuras de la Guardia Nacional —fundada, entrenada y armada por EE.UU.—, que se convertiría todavía más en esencia del poder.

Por lo demás, ¿quién podía creer viable una fórmula por la que los sandinistas y el pueblo serían embretados en la opción de *desarmarse frente a una guardia superviviente o continuar la lucha frente a un gobierno de aparente democratización*? ¿O —en la versión más favorable— *aceptar que jefes de esa guardia relativamente intacta, más algunos jefes sandinistas, comandasen un ejército mixto de pretorianos y guerrilleros*? Esta última fórmula resultaba inverosímil, o encubría el abismo de la trampa.

Como hipótesis de trabajo, es posible admitir que la partida de Somoza era de por sí desencadenante de un nuevo proceso. Y que el huracán popular podría incluso traspasar toda frontera de contención política o simple recambio. Igualmente todo quizá hubiera sido más complicado y peligroso. Y el nuevo poder hubiera nacido contrahecho o mutilado, más frágil que el gobierno fundado por acuerdo patriótico,

DEF. 1
PROCESA
FE

primero en el exterior, luego en hombros de la revolución popular en armas, el más probado método de limpieza de todos los establos de Augias.

Frente a sus objetivos políticos, EE.UU. prolongó la guerra. F-4 y aviones que arrasaron ciudades y pueblos, y que, junto a la artillería somocista, cosecharon trágicamente más de 50.000 vidas de mujeres, hombres y niños. Agréguese la matanza sistemática de civiles sin armas, más los numerosos combatientes que con su vida pagaron las ensangrentadas semanas finales de la contienda —entre ellos heroicos jóvenes internacionalistas latinoamericanos—, *tendremos, así, una idea de la culpa del imperialismo de EE.UU. y de sus asesores. Es nuevo raudal de sangre que cae sobre sus cabezas.*

Vencido por el heroísmo del pueblo y por su acelerado aprendizaje en la escuela de la guerra civil —de que hablara Lenin—, vencido por la multiplicación del poder político, además de militar, de FSLN —al que se unieron otras fuerzas revolucionarias, ahora, entre ellas, el Partido Socialista (comunista)—, el Gobierno fue también vencido por la creciente solidaridad latinoamericana, que a fines de 1978 y comienzos de 1979 toma formas todavía más activas y se extiende poderosamente en magnitudes mundiales. Tres hechos políticos —ocurridos a inicios de 1979— crean nuevas premisas de auténtica victoria popular: la constitución del Frente Patriótico y luego del Gobierno Provisional de Reconstrucción Nacional; la reunificación de las tres corrientes del Frente Sandinista bajo comando y estrategia únicos; la reiterada decisión de las fuerzas revolucionarias latinoamericanas, especialmente del área centroamericana, entre ellas partidos comunistas, de encarar la batalla sandinista —en todos los aspectos y formas— como su propia batalla. Los resultados en el plano político y militar, como en el plano de las medidas de unidad programática y táctica, se advirtieron rápidamente.

El Gobierno de EE.UU. jugó entonces su carta suprema: viabilizar la intervención con la clásica hoja de parra de la OEA, al estilo de lo ocurrido en República Dominicana. Contaba para ello con el asentimiento de los Gobiernos fascistas de Chile y Uruguay y del inveterado Stroessner, y ni qué hablar de los hermanos menores de Somoza, en Guatemala y El Salvador. Y con la buena voluntad —demostrada por la entrega de armas— del Gobierno militar argentino. Sin embargo, en su propio campo, en la antigua piscina del "tiburón y las sardinas", EE.UU. sufre aleccionadora derrota. La Junta de Gobierno de Reconstrucción Nacional de Nicaragua pasó a ser reconocida por numerosos países.

Las batallas contra el fascismo y contra las tiranías son, o pueden ser, derrotas trascendentales del imperialismo.

Desde ese ángulo, Nicaragua fue para la doctrina Carter una ex-

pecie de *strip tease*. El misionero de los derechos humanos no ha ido más allá de cambios restringidos y transiciones de poco calado, que en última instancia tratan de ampliar las bases sociales, políticas e ideológicas de la dominación del hemisferio por EE.UU.; o sea, procuran moralizar el lenocinio del fascismo y las tiranías conservando las llaves en el Departamento de Estado y el Pentágono. Se anticipa así a posibles explosiones volcánicas del odio popular, patriótico y democrático que se acumula en nuestros países.

Una auténtica revolución popular

La revolución democrática de Nicaragua es auténtica *revolución popular*. El Gobierno instaurado abarca las fuerzas políticas y sociales que combatieron a Somoza, y todos los matices, desde representantes de la débil burguesía media hasta los comunistas, aunque la fuerza principal del Gobierno es el Frente Sandinista de Liberación Nacional. Por su carácter, la Revolución Nicaragüense es democrática y de liberación nacional, cuyas primeras tareas son definidas como de reconstrucción nacional. Pero es una revolución popular, radical por sus formas, triunfante a través de dura y heroica lucha armada de todo un pueblo.

Los dirigentes sandinistas y demás fuerzas avanzadas comprueban su madurez política —como lo recordara Fidel Castro—, desarrollando una estrategia y una táctica flexibles, amplias y realistas. Con ello demuestran fortaleza, confianza en el pueblo y perspectiva. No han caído en extremismos verbales, ni han precipitado contrastaciones en afanes de quemar etapas. Parecen no descuidar la posibilidad de ningún aliado capaz de un tránsito positivo, aunque fuere precario, ni olvidar una fuerza social o política neutralizable. La revolución debe consolidarse, cubriendo las etapas necesarias, y el pueblo debe afirmar —con su experiencia— la conciencia revolucionaria. Por lo demás, parecen ser conscientes de su riesgosa geografía y de que el imperialismo se ha replegado, para manejarse mejor, luego de su ostensible derrota. Con esto los revolucionarios no incurrir en engaños, que por lo demás resultarían pueriles, pues los imperialistas saben con quiénes lidian. Responden a una realidad de alineamientos de clases y al ritmo y la sucesión de las tareas en el momento concreto.

El verbalismo y el "izquierdismo" —como los calificara Lenin— son enfermedades de infantilismo que aparejan siempre la escisión innecesaria y voluntarista de la vanguardia respecto de las masas, o de parte de las mismas. Recurriendo a términos militares, diríamos que llevan a la pérdida de contacto de la vanguardia con el grueso del ejército. Hace poco, un joven comandante, que sabernos de lúcido pensamiento teórico, decía que el arte político no consiste en restar, sino en sumar y multi-

Esta suma o multiplicación posible se resume en el programa, en la conducta política para su aplicación. El nuevo Gobierno ha calificado este programa de democrático en lo económico y social, necesario a una etapa de reconstrucción nacional. Lo que no impide que determinadas reformas democráticas definidoras —por ejemplo, la reforma agraria, la nacionalización de la banca y de la exportación— y algunas otras sean imprescindibles para el desarrollo y aun para la consolidación del proceso. A esto se une, en política exterior, la declaración de no alineamiento, es decir de independencia y soberanía, de paz y relaciones con todos los países, de vocación por la autodeterminación económica y política, y de solidaridad con todos los que luchan por la independencia y la libertad. Por lo demás, la Revolución Nicaragüense puede aplicar ese programa sobre la base de sólidas premisas materiales: el "imperio" de los Somoza abarcaba todos los mayores núcleos financieros, industriales, agrarios y comerciales del, antes desdichado país. La confiscación de estas propiedades, más las de jefes pretorianos de la Guardia Nacional, burócratas, clientela de mayor rango y otros cómplices en fuga, democratiza de forma radical, asegura palancas fundamentales de gobierno y bases para futuras planificaciones, sin forzar la mano y desacompasar el ritmo.

Pero bien claro está, la Revolución Nicaragüense es una auténtica y profunda *revolución popular*, es decir que *el pueblo todo* —enarbolado por el FSLN, en alianza con fuerzas avanzadas y otras antisomocistas—, barrió los reductos de la tiranía, frustró las maniobras del imperialismo, batió con las armas en la mano la entrenada y peligrosa Guardia Nacional e instaló un *nuevo poder, democrático, participación de la plena independencia y la soberanía nacional*.

Sobre todo, las características piramidales del "imperio" económico del somozato —donde gran parte de la principal capa social explotadora se confundía con la familia y sus compinches— facilitaron el cambio revolucionario.

Además, el aparato burocrático-militar del Estado somocista, centralizado en la Guardia Nacional y los paniaguados de Somoza, fue hecho añicos por la insurrección. Se cumplió así un objetivo revolucionario insoslayable, al decir de Lenin, *condición previa de toda verdadera revolución popular*.

Lo principal de este aparato fue barrido por el pueblo en armas, dando nacimiento a la base estatal del nuevo poder. De las entrañas populares y del Ejército Sandinista están surgiendo las estructuras morfológicas del nuevo Estado. Ese Estado no comprende sólo —claro está— la fuerza de preservación de la revolución y de la nación nicaragüenses. Supone levantar órganos de expresión civil popular, establecer órbitas para cada función económica, jurídica y política, institucionalizar la educación y la salud pública, etc. Pero, nadie puede

asustarse —salvo hipócritas o contrarrevolucionarios enmascarados—, de que hoy por hoy la estructura fundamental del poder esté en manos del ejército revolucionario y de la organización armada del pueblo. Los que a su vez se transforman: se edifica el ejército regular y la seguridad.

Pese a la sangre vertida y la prolongada tragedia, en Nicaragua se suprimió la pena de muerte y no hubo prácticamente represalias. Se frustró así la campaña orquestada por imperialistas y reaccionarios, cocodrilos dispuestos a llorar por los monstruos de la Guardia Nacional como nunca lo hicieron antes por las víctimas del somozato.

Es bueno saber, sin embargo, que esta mesurada conducta sandinista, políticamente justa, no es por sí sola garantía contra las conspiraciones imperialistas y las andanzas contrarrevolucionarias desde países vecinos. Estas sobrevendrán inevitablemente, como también se producirán diferenciaciones sociales y políticas y se agudizará la lucha de clases. Incluso, nadie puede asegurar que aliados o amigos de hoy no se vuelvan mañana enemigos sañudos. Sería estúpido regalar armas al enemigo, o precipitar situaciones en ciernes, o saltar etapas. En materia política nada es fatal. La política debe ser de principios, pero es el arte de lo posible.

Cuanto más justa la política, más astutas serán las agresiones del enemigo y más difícil la obra. Es la historia de todas las revoluciones. Las declaraciones de algunos dirigentes sandinistas demuestran gran lucidez al respecto. Dice Tomás Borge —con toda su autoridad histórica de fundador—: **La unidad nacional fue un proceso complejo, difícil, y muchos factores contribuyeron a ello. El papel de vanguardia del Frente Sandinista; el descrédito del tirano; la represión salvaje; la corrupción. Todos los sectores del país, entre los cuales gran parte de la burguesía, fueron afectados por la dictadura. Las contradicciones económicas arrastraron, poco a poco, contradicciones políticas (...). La lucha de clases no puede ser "congelada", porque ella está ligada a contradicciones inevitables.**

El mismo Borge aclara: *Quizá no siempre, y no para siempre, se podrá mantener esta unidad nacional. Pero haremos todos los esfuerzos necesarios para mantenerla. Seremos muy flexibles y serios en nuestras tareas; sin buscar encontrar diferencias artificiales, esperamos que muchos de estos elementos que están actualmente alineados en la unidad nacional, nos acompañen por un largo camino y posiblemente hasta el fin.*



III

NICARAGUA Y ALGUNOS PROBLEMAS DE NUESTRA REVOLUCION

*Discutir es condición de aprender, y la
crítica es condición de todo progreso...*

ANTONIO LABRIOLA.

Discorriendo...

La experiencia nicaragüense obliga a otras reflexiones.

Fidel Castro se anticipó a cerrar el paso a provocaciones imperia-
listas con la frase feliz *Nicaragua no será una nueva Cuba, sino una
nueva Nicaragua*. Así previene también contra la impaciencia revolu-
cionaria y el extremismo sectario, que generalmente quiere ceñirse a
prototipos y quemar etapas.

Singularidades de las revoluciones

¡Qué fácil hubiera sido contabilizar rasgos comunes en cuanto a
cuestiones no despreciables! Sobre todo, acerca de la significa-
ción en la batalla histórica contra el imperialismo de EE.UU., el carác-
ter radical de las fuerzas de vanguardia triunfadoras y las formas de
una revolución popular armada, con protagonismo de la guerrilla...
Empero, dice bien Fidel: *No hay dos revoluciones iguales. No puede
haberlas. Hay muchas similitudes... pero los problemas nuestros no son
exactamente los problemas de ellos...*

Así se entrelazan dos verdades teóricas y estratégicas, de carácter ge-
neral, con una apreciación cierta del proceso latinoamericano. Se ad-
vierte contra todo calco, contra toda tentativa de saltarse la singulari-
dad y la especificidad tras el fácil espejismo de un "modelo" o un es-
quema.

En toda revolución existen determinadas leyes generales, identifi-
catorias de su carácter, reconocibles en sus formas históricas concretas,
siempre singulares y específicas. En la variedad, cada vez más señalada,
del curso revolucionario latinoamericano, según cada país o región, hay
rasgos comunes y cierta unidad social y política, que surge de nuestra
historia y del hecho de afrontar el mismo enemigo principal, el impe-
rialismo de EE.UU. y a los sectores de la gran burguesía y el latifundio,
lacayos o aliados del opresor extranjero.

De esta realidad parte una similitud relativa en cuanto al carácter, a las fuerzas motrices y a los potenciales aliados de la clase obrera; también en cuanto a ciertas fases de la revolución. Es fácil decir, pues, que nuestra revolución es por su carácter democrática y antimperialista, y que en varios países, por los niveles de desarrollo capitalista y el gran peso de la clase obrera, integra, tendencial y dialécticamente, un solo proceso histórico con la revolución socialista. Pero estas tesis, básicamente justas, son apenas un abecé, ya que en la vida todo adquiere un rostro peculiar, la dimensión compleja de la lucha de clases, la más variada morfología social y política, extendida en matices, incluso comprendiendo fases en las fases, etapas o diversas vías de aproximación, diferencias en instituciones, partidos, personalidades, entre otras, que van desde coyunturas políticas hasta las múltiples formas —más o menos pacíficas o insurreccionales— de llegar al poder. Y cuanto más adelante en la vida la verdadera revolución —que en general no respeta textos ni fórmulas atildadas—, mayores serán las complejidades, matices y diferencias. Esto no obsta para que existan vitales tareas comunes de alcance continental, que enlazan a nuestros pueblos y condicionan exigencias de unidad.

En forma reiterativa, se puede decir que las diferencias mayores tienen que ver con los grados de desarrollo capitalista, con las formas de la dominación imperialista y, desde luego, con las particularidades históricas y políticas que suponen, a la vez, distinta psicología social. Así, países vecinos pueden diferir grandemente en todo ello: ejemplo son Nicaragua y Costa Rica. Incluso gravitan individualidades geográficas y la llamada relación geopolítica —para usar la palabreja pseudocientífica— con E.E.UU. También aquí Nicaragua es ejemplo.

Todo esto configura distinciones de otro tipo. Se puede advertir —*grosso modo*— diferencias en las estructuras de las clases dominantes, desde la formación de una burguesía financiera, monopolista —que enlaza sectores industriales, comerciales y agrarios, contrastada por un proletariado de tipo moderno, como en varios países del Sur y México—, hasta las débiles burguesías de algunos países de América Central y el Caribe, entre ellos también Nicaragua.

Primariamente, se puede decir que las fuerzas motrices de la revolución democrática y antimperialista son la clase obrera, los campesinos, la intelectualidad avanzada, los estudiantes y las amplias capas medias.

En relación con las vicisitudes del curso político y la intensidad de la lucha de clases, es posible o no arrastrar a la revolución a sectores de la burguesía media, llamada nacional, y neutralizar a otros. Sin embargo, esto, diciendo mucho, no dice todo. En la fase actual de la Revolución Nicaragüense participan sectores de la burguesía entre las fuerzas motrices, cosa que no ocurrió en Cuba. También gobiernos.

partidos y personalidades de la gran burguesía nacional reformista de otros países apoyaron desde fuera a la Revolución Nicaragüense.

Parece inesperado, pero es básicamente correcto, decir que en un derrotero antifascista o contra feroces tiranías de frágil base política y social es posible y necesario involucrar capas burguesas en la lucha patriótica y democrática en general. Además, según fueren las contradicciones con el imperialismo, sostén del fascismo y las tiranías, capas sociales muy amplias y variadas pueden antagonizarse con los imperialistas y ser factor activo de independencia nacional.

Las tareas no son las mismas en un desarrollo institucional que en la brega antifascista o contra las dictaduras regresivas criollas. Por lo tanto, en el segundo caso se ensancha todo el sistema de alianzas de la clase obrera. Y ese sistema puede comprender, en la unidad o en la convergencia, amplios sectores de la burguesía.

En verdad, aparece aquí marcadamente toda una etapa de objetivos democráticos generales y de soberanía e independencia nacionales. En el ámbito tácito, las posibilidades son todavía mayores, como es el caso de gobiernos que no son definitivamente antimperialistas, pero que resisten, aunque con vacilaciones, al imperialismo, como ocurre con algunos de los gobiernos que apoyaron al pueblo sandinista.

En el ejemplo de Nicaragua parece posible transitar una fase de unidad muy amplia, de democratización y reconstrucción nacional. Sobresaturada, rodeada de peligros, pero que vive una propia experiencia. Esta es una verificación importante. Para nosotros también evocativa. La estrategia antifascista y antidictatorial que el Frente Amplio uruguayo y nuestro Partido esbozaron en vísperas del 27 de junio de 1973, y que adquirió toda su estatura después del golpe, muy especialmente después de la tragedia chilena, supone ciertas similitudes en medio de grandes diferencias.

La constitución del Frente Amplio correspondió a un objetivo estratégico: agrupar a toda la izquierda, más el Partido Demócrata Cristiano, en torno a un programa democrático avanzado y antimperialista. En vísperas del golpe, en situación ya muy crítica de avance de la reacción civil y militar, facilitada por atentados políticamente descabellados, el general Seregni planteó la consigna de *pacificación nacional*. Era una base para reagrupar, en zona mucho más amplia, a todos los sectores no golpistas —civiles y militares— con vistas a salvar los restos de la democracia y modificar la peligrosa correlación de fuerzas. Era un cambio, en amplitud táctica, que toma formas de una nueva estrategia después del golpe de Estado. La tarea inmediata no era ya adelantar hacia una democracia avanzada, sino de rescatar simplemente la democracia. Se trataba de una unidad y convergencia social y política, muy amplia: civiles y militares, religiosos y laicos, junto a los partidos y las organiza-

ciones adversarias del fascismo. En esa unidad, el Frente Amplio era y es el polo avanzado.

El objetivo de derrotar al fascismo —que terminó su proceso de instalación en 1975— exigía centralmente la reconquista de libertades y derechos y un programa mínimo susceptible de movilizar a todo el pueblo. Posteriormente, ante el desastre nacional que acompaña al crimen fascista, el Comité Central de nuestro Partido, en diciembre de 1977, propone elaborar también un plan común de reconstrucción nacional, a aplicar después de la derrota del fascismo.

Como nunca, la victoria depende hoy de la unidad y convergencia de las fuerzas antidictatoriales y del carácter decidido de la lucha. El aislamiento interior y exterior del régimen ha creado premisas para su derrota. Las *aperturas* de que hablan sus personeros, y que no deben confundirse con la farsa del "cronograma de los generales", solo tendrán autenticidad si la lucha del pueblo cobra toda su estatura y logra manifestarse, si la acción obrera y popular pasa a grados más altos, si su acción combativa ensancha grietas y contribuye a desmoronar las estructuras fascistas del aparato de Estado y en toda la vida política y social. La ferocidad del régimen encierra cada vez más al país en los dilemas tremendos que debieron vivir Irán y Nicaragua.

El general Queirolo —comandante en jefe del Ejército y, en función de tal, primera figura del régimen— ha ido a Buenos Aires a proclamar su alarma por las mudanzas democráticas del continente. *El Día*, diario de recalcitrante anticomunismo, oposición tolerada, y a la vez censurada, escribió ante el triunfo popular en Nicaragua, extrajo lecciones y dio consejos: *la dictadura somocista... cerrando todos los caminos a la evolución política del país fue empedrando el camino de una reacción violenta que más tarde o más temprano sobrevendría*. Una dictadura de derecha —se pregunta— ¿es remedio eficaz para preservar un país del comunismo? ¿Puede gobernarse a espaldas del pueblo y sin consultar su opinión? ¿Adónde conduce cerrar los caminos de la evolución política? *El Día* responde con su visión puesta en Irán y Nicaragua. La seguridad —dice— solo puede basarse en la libertad. Sentimos herir a *El Día* con nuestra casi coincidencia: el terror fascista solo conduce al país al desastre o a la guerra civil. Solo la libertad sin exclusiones y la reconquista de la democracia pueden salvar a Uruguay.

El meneado asunto de las vías

La victoria de la revolución popular en Nicaragua —como lo hiciera antes estruendosamente el ejemplo cubano y, más tarde y de otra manera, el éxito de la Unidad Popular en Chile— pone en el orden del



dia el tema de las vías de la revolución, o sea el aspecto del camino estratégico que tiene que ver con las formas y los métodos para llegar al poder.

No vamos a referirnos extensamente a esta cuestión; más de una vez, en informes, libros, documentos diversos, lo hemos hecho. Ante todo, se debe advertir qué revolución es: si democrática y antifascista, si democrática y antimperialista, etc., o si revolución socialista. Las vías, "pacífica" o "armada", pueden transitarse o no, sucesivamente, según la etapa revolucionaria, como enseña la historia de todas las revoluciones. Por ejemplo, el avance al socialismo después de una victoria democrática o popular armada, puede transcurrir sin guerra civil o sin insurrección. O puede acontecer, como en Febrero y Octubre de 1917 en Rusia, que ambas revoluciones se definan por la insurrección armada. *Contrario sensu*, han aumentado las posibilidades reales de la llamada *vía pacífica* al socialismo, es decir, de un proceso de transformaciones y cambios democráticos y socialistas sin la prueba de fuerzas de la lucha armada. Acerca de todo esto los matices son infinitos.

Cuba y Chile exhiben dos rostros del proceso revolucionario en el continente. El triunfo insurreccional en Nicaragua no invalida la experiencia chilena, o sea, la posibilidad de que algunos países avancen —a través de diversas formas democráticas— hacia el socialismo, sin obtener guerra civil o levantamiento armado. El triunfo de la insurrección nicaragüense, comenzando por una pertinaz guerra de guerrillas, sin embargo, a evocar experiencias latinoamericanas ocurridas después de Cuba, a lo largo de los años 60.

Como se sabe, siempre pensamos que la vía principal del proceso revolucionario en América Latina es la vía armada, condicionada por intervenciones imperialistas y la situación de muchos países. Además, desde Cuba, la guerrilla, de añosas raíces históricas en estas tierras, se había incorporado —con rostros cualitativamente nuevos— al arsenal de nuestra gesta democrática y antimperialista. Era menester estudiar esa experiencia y asimilarla críticamente a la praxis latinoamericana. Entre otras razones, ello nos hizo mirar siempre con comprensión y respeto el movimiento sandinista desde su fundación.

Errores y tragedias que sobrevinieron después de la Revolución Cubana, en distintos lugares, tuvieron sus causas específicas. Pretendían repetir la proeza heroica sin digerir la rica experiencia política, que alguna vez llamamos amplitud estratégica de Fidel Castro desde el Moncada a la revolución socialista.

Esta transferencia de realidades, a destiempo y a veces caricaturizada, se puede identificar en algunos rasgos: a) prescindencia absoluta de los factores críticos revolucionarios o prerrevolucionarios en una situación determinada; desprecio por la correlación de fuerzas

y por el nivel de experiencia de las masas; subvaloración de las coyunturas políticas y de la diferencia de regímenes, igualando, así, países de instituciones democráticas con los de tiranías o fascismos y, por lo tanto, menospreciando que estuviesen o no cerradas las vías de trabajo legal y democrático; concepción *elitista* de grupos selectos —autoerigidos en vanguardias— olvidando que la revolución solo puede ser obra del pueblo y de las masas; en fin, repetición de viejas ideas premarxistas y blanquistas; deslizamiento fácil hacia el sensacionalismo político y el terrorismo; b) endiosamiento de la metodología en sustitución de las realidades de clase, de la teoría y de la práctica política concreta; en consecuencia, sectarismo y repudio de las alianzas y sus gradaciones, e infantilismo (menosprecio de la labor sindical, parlamentaria, propagandística y de masas); c) actitud hostil hacia los partidos comunistas y obreros, aún más injustificada por erigirla en teoría, incluso en el caso de errores o retrasos de los partidos.

Podríamos agregar otras críticas... Sin embargo, esta explosión guerrillerista expresaba, a la vez, la radicalización de amplias capas medias, el hartazgo por las vejaciones imperialistas y la náusea frente a sus criaturas, las sangrientas tiranías y otros regímenes abyectos. Aun en sus errores, las guerrillas eran parte contradictoria del ingreso de América Latina al campo de la revolución. Alguna vez hemos escrito: *lo que quebró en América Latina en los años 60 no fue la posibilidad de la guerrilla como método, sino el guerrillerismo.*

El método guerrillero —de honda tradición histórica y revolucionaria— fue aplicado brillantemente por Fidel Castro, y, ahora, anticipó con una difícil experiencia la victoria nicaragüense y creó premisas para forjar una auténtica vanguardia popular.

Agregamos también entonces: pese a su fin trágico, no todas las guerrillas de los años 60 estaban de antemano condenadas al fracaso. El mismo Frente Sandinista, que naciera por esos años, pasó por dos duras derrotas militares antes de reiniciar la guerrilla que lo condujo al triunfo. *Sin reducir el significado de la indispensable maestría militar, la cuestión es política ante todo.*

Todo esto debemos repensarlo; aunque más no sea para no recaer en viejas enfermedades.

Nicaragua, como toda faena heroica de los pueblos, obliga a meditar.



602531

026

